

Miquel Dolç

UNA RECUPERACIÓN NECESARIA
RETORNO A LOS TEXTOS MEDIEVALES CATALANES

Por una especie de asentimiento tácito (o quizás explícito) mantenido entre los eruditos, los textos de los escritores medievales de Cataluña –representantes de una verdadera edad de oro– se han visto más o menos encerrados en el círculo de los especialistas. Las excepciones podrían contarse con los dedos de las dos manos. No se quiere con ello dirigir ningún reproche a nadie. El esfuerzo, en verdad, ha sido constante y enorme, a lo largo de más de medio siglo, hasta conseguir la «resurrección» de manuscritos o ediciones prácticamente inaccesibles. Basta citar la biblioteca de «Els nostres clàssics» que, bajo la dirección de Josep M. de Casacuberta, puede ser ya presentada como motivo de orgullo para cualquier literatura. Pero ¿se ha facilitado, incluso con semejantes empresas, la verdadera difusión, hasta una audiencia popular, de aquellos textos? Quizá lo impidan, entre otras razones, algunas características tipográficas, o cierta envoltura externa, o la absoluta fidelidad a la letra y la ortografía de los antiguos manuscritos. Semejante rigor puede ser necesario en una edición básica, como la de «Els nostres clàssics», a fin de prevenir confusiones y malentendidos. Pero, acto seguido, habría que agilizar los textos y, aun respetando lealmente sus rasgos fonéticos y morfológicos, adaptarlos a la ortografía moderna.

Sólo así, reconozcámoslo, franquearán el círculo de la especialización y llegarán al lector medio. Este es, al menos, nuestro modesto convencimiento. ¿Qué se diría si en los textos latinos y griegos, por ejemplo, de la Fundació Bernat Metge nos obstináramos –nos emperráramos, iba a decir– en transcribir, calcándola ciegamente, la ortografía, a veces delirante, de los códices medievales o humanísticos? Nótese que no nos referimos, obviamente, a una versión de dichos textos catalanes medievales al catalán moderno –lo que también se ha intentado, como veremos, en algunas ocasiones–, sino meramente a la normalización gráfica de su contenido en ediciones regulares. Sólo de esta forma se puede aspirar a la auténtica difusión de la literatura clásica catalana. No otro es el camino que se ha emprendido últimamente con diversas obras, dándoles además un atuendo y una estructura que responden mejor al gusto impuesto por las actuales modas tipográficas.

Debemos, sin duda, felicitarnos por el paso dado, que representa, más que un ademán de osadía, una voluntad de servicio. Habría que poner, con toda franqueza, al frente de dicho movimiento las dos muestras, ya bastante elocuentes por sí solas, de la nueva colección «Clàssics Albatros», de Valencia, cuya dirección literaria corre a cargo de Joan Fuster: *Flor d'enamorats* de Joan Timoneda y el primer volumen (*Obra profana*) de las *Obres completes* de Joan Roís de Corella. Hay que subrayar previamente, como notas distintivas de esta colección, su cómodo formato y su limpieza tipográfica, así como la profundidad de sus introducciones, el mejor trámite para facilitar a estudiosos y aficionados la operación de adentrarse en la lectura de los antiguos textos, objetivo esencial de tales ediciones. El mismo Joan Fuster, amparado en una extensa

documentación bibliográfica, ha preparado la introducción y la edición de la parte catalana contenida en *Flor de enamorados*, uno de los textos literarios más importantes de nuestro siglo XVI, que hasta hoy, sin embargo, había obtenido tan escasa atención entre historiadores y críticos. ¿Por pertenecer, en última instancia, al periodo de la llamada «decadencia»? De todos modos, la actual edición debe contribuir a la urgente revisión, ya iniciada, del discutido concepto. En este panorama vidrioso la figura de Joan Timoneda, noblemente rehabilitada por Antonio Rodríguez-Moñino (1954), cobrará sin duda «un nou relleu dins les lletres catalanes».

De signo no menos positivo es el esfuerzo de Jordi Carbonell al poner en nuestras manos, precedida de otra fundamental introducción, la edición de Joan Roís de Corella, «feta amb el criteri de normalitzar al màxim les grafies». Si recordamos que la última edición completa de la obra del humanista valenciano, debida a Ramón Miquel i Planas, se remonta a 1913, se comprenderá fácilmente la necesidad, a los sesenta años de aquella fecha, de un Roís de Corella puesto al día y al alcance del lector de hoy. Un ejemplar de la edición de Miquel i Planas era, huelga decirlo, inalcanzable y, por si no fuera bastante, de molesta lectura: puede acreditarlo el comentarista después de haber dedicado un largo estudio comparativo al uso de la metáfora clásica en Bernat Metge y Roís de Corella. Este primer volumen de sus *Obres completes*, rigurosamente preparado por Jordi Carbonell, comprende la *Obra profana* de su poesía y su narrativa. Sin duda es en el terreno de la poesía donde Roís de Corella supera o amplía la tradición de los grandes poetas valencianos del siglo XV, hasta convertirse en el «poeta més “modern” de la nostra literatura medieval». Por su parte, las prosas, articuladas ahora cronológicamente, a base de razones históricas y estilísticas, permiten, quizá por vez primera, seguir con claridad y lógica la línea artística del magnífico escritor que, partiendo de una «doble tradició humanista ovidiana i boccacciana, crea un nou estil literari en la nostra llengua».

No podemos aspirar aquí a ofrecer un análisis, ni siquiera esquemático, de los méritos de estos escritores. Ni, tampoco, a hilvanar un repertorio de las ediciones a que aludíamos, a fin de someterlas a la consideración de la curiosidad cultural de nuestro público. Sólo nos proponemos elegir, casi por suerte, entre el crecido acervo, un puñado de muestras. Tanto por la aparente singularidad del tema como por su significación en la vida y cultura del pueblo, habría que situar en lugar destacado los dos textos recogidos y comentados por Arseni Pacheco en *Viatges a l'altre món* (Barcelona, Edicions 62), un pequeño libro que acoge el *Viatge del vescomte Ramon de Perellós i de Roda fet al purgatori nomenat de sant Patrici* y el *Cas raro d'un home anomenat Pere Portes, de la vila de Tordera, que vivint entrà i eixí de l'infern*. Trátase de dos ejemplos hábilmente escogidos en esta literatura de ultratumba en que tanto abunda la tradición catalana medieval y posterior: el *Viatge del vescomte Ramon de Perellós* pertenece al crepúsculo del siglo XIV; el *Viatge a l'infern* de Pere Portes, a comienzos del XVII. Dos épocas distantes y, sin embargo, todavía unidas por un puente de religiosidad y superstición. Dos versiones de un mismo género proyectadas hacia diversas adherencias: la primera, puesta al servicio de una literatura erudita, culta y personal; la segunda, con su sabroso tono folklórico, representante de la tradición popular.

Gracias a esta diversidad, el lector no especializado puede formarse una idea de las posibilidades y la elasticidad de un tema tan fabuloso como inagotable, cuyo prestigio Arseni Pacheco, en un breve y denso prólogo, puntualiza en todas sus dimensiones. Frente a este mundo de la irrealidad y la fantasía, J. Rodríguez-Puértolas y Lluís Alpera nos brindan en su *Poesia i societat a l'Edat Mitjana* (Palma de Mallorca, «Raixa») el más descarnado, y a veces desesperado, testimonio de un sector literario que desde Ramon Llull a Ausiàs March y Jaume Gassull cultiva el género de la crítica y la protesta, satiriza la crisis religiosa e impone luego –con la burguesía– en todos los órdenes un criterio realista, enemigo de mitos, sentimentalismos y grandes palabras. Treinta y seis composiciones le han bastado para reflejar esta actitud represiva y escéptica que supone la definitiva andanada contra la poesía clasista, convencional y anacrónica de la tradición trovadoresca (en la que no faltan, con todo, esporádicamente elementos de aquella actitud): entre ellas, nueve piezas anónimas, como valiosas muestras de la difusión popular del género, cuyos textos no son de fácil acceso fuera de las obras específicamente eruditas. Rodríguez-Puértolas y Alpera no se han limitado a construir una simple antología de divulgación; un inteligente prólogo y una larga serie de notas a los textos, ricas de información literaria e histórica, ilustran esta compleja visión irónica de una buena parte del mundo medieval en Cataluña.

Un aspecto concreto, en cambio, de este mundo es el que Martí de Riquer y Mario Vargas Llosa han esclarecido en un libro peculiar, pensando para «todo lector culto, no especializado»: *Las cartas de batalla de Joanot Martorell*, presididas por el delicioso título, de tinte novelesco, *El combate imaginario* (Barcelona, Barral Editores). Se publican en él todas las piezas –veintisiete, en total– que constituyen el epistolario caballeresco hoy conocido de Joanot Martorell, autor principal de *Tirant lo Blanc*, y sus corresponsales y enemigos. El volumen, elegantemente presentado, resulta, de hecho, bilingüe, ya que no se da la traducción de las cartas, a excepción de ciertos pasajes que se glosan en los comentarios: éstos preceden, pieza por pieza, los textos a fin de hacer ver al lector de hoy, «del modo más claro y ordenado posible», la esencia de los conflictos que suscitaron estos epistolarios. Quien esté familiarizado con el prodigioso instrumental histórico y erudito que maneja M. de Riquer, sin alarde, sino con absoluta naturalidad, no se sorprenderá de la profusión, jamás inútil, de dichos comentarios, que aproximan, hasta que se haya unido ahora su nombre al de Mario Vargas Llosa: con su bellísimo ensayo preliminar sobre Martorell y el «elemento añadido» en *Tirant lo Blanc*, pone nuevamente de relieve los valores de una de las más importantes novelas hispánicas de todos los tiempos; la que, además de testimonio de una época, es también, «una realidad soberana, porque en sus páginas, Martorell al mismo tiempo que expresó rectificó su realidad: al mismo tiempo que dijo la vida, la contradujo».

Parece natural que Tirant siga siendo un héroe perdurable, especialmente «vivificado» y comprendido en estos últimos años: un «temperamento sentimental y sanguíneo», no demasiado ajeno al del Eneas virgiliano. Quizá por ello ha sido también Joan Sales uno de sus grandes admiradores: si en 1954 publicó una adaptación resumida, y en prosa moderna, de la novela, adaptada al público juvenil, algunos años más tarde, en 1958, estrenaba como «farsa» la escenificación en verso de algunos episodios del

insigne clásico valenciano bajo el título de *En Tirant lo Blanc a Grècia*, que ahora, finalmente, ha dado a la imprenta (Barcelona, «El Pi de les tres branques»). De aquella «mina de pasatiempo», como la definía Cervantes, Joan Sales, el profundo poeta de *Viatge d'un moribund* y famoso novelista de *Incerta glòria*, ha sacado un tesoro de gracia y fantasía: Tirant, convertido en rey de Constantinopla, por obra de Andronico Paleólogo, al convencerse de «que quan un gendre és com tú / un gendre val un imperi».

Hemos aludido, también, con ello a la versión de los textos clásicos catalanes al catalán moderno. ¿Una audacia inútil o una incongruencia? Puede que más de un puritano de la erudición –un supersticioso, en el fondo– lo considere de este modo. Pero semejantes intentos de divulgación están esmaltados por ilustres ejemplos en todas las literaturas; no se los puede menospreciar. Son esfuerzos saludables y provechosos. Poseemos ya, en nuestros anales, notables antecedentes: baste recordar la *Antologia poètica* de Ausiàs March, preparada por Joan Fuster en 1959 (Barcelona, Editorial Selecta). Sin duda, en estos momentos, el ejemplo más meritorio es el de la versión íntegra al catalán actual de la *Crònica* de Ramon Muntaner, elaborada por Joan Francesc Vidal-Jové y revisada por Bartomeu Bardagí (Barcelona, Editorial Selecta). Parece que el proyecto va a extenderse hacia las otras tres grandes crónicas, sin despojarlas jamás «del fort encís del llenguatge original». Este propósito requiere una lucha constante contra innumerables dificultades. Pero bien merece la pena afrontarlas con el mismo tesón y entusiasmo que Vidal-Jové se ha fijado en su empresa. De esta forma será un hecho la aproximación de unos textos indispensables para nuestra cultura a los hombres de nuestro siglo.

(*La Vanguardia*, 13 diciembre 1973, p. 53)